

A propósito de **Nuestra Tribuna. Hojita del sentir anárquico femenino (1922-1925)**. Estudio preliminar de Elsa Calzetta, Bahía Blanca, Editorial de la Universidad del Sur, 2005, 208 pp.

Ser anarquista hacia fines del siglo XIX en Buenos Aires exigía, al menos, dos actitudes: sostener un periódico por suscripción voluntaria y estar a favor de la emancipación de la mujer. Por ejemplo, en una serie de folletos de “Propaganda entre las mujeres”, el grupo editor de **La Questione Sociale** aseguraba: “queremos reivindicar para vosotras la razonable igualdad delante del sexo masculino (...), queremos emanciparos, (...) venid con nosotros, combatid en nuestras filas, sed nuestras compañeras de lucha y de amor.” Casi como en respuesta Pepita Gherra, Luisa Violeta y Virginia Bolten salieron con **La Voz de la Mujer** (1896-97), un periódico cuya voz editorial comenzaba clamando “Y bien. Hastiadas ya...”. Su tono desafiante fue recibido en la propaganda anarquista al grito de: “¡Apareció aquello!”, “¡Son las feroces de lengua y pluma!”. En cambio, los convencidos de **La Questione Sociale**, saludaron cálidamente la iniciativa de “un grupo de arrojadas compañeras”. Si bien con esa calificación ellos hacían referencia al *arrojo* de las redactoras, debemos notar que la acepción de aquel participio implica “resuelto, osado, intrépido”, pero también: “imprudente, inconsiderado.” Más inquietante aun es comprobar que, en los discursos anarquistas, su uso es casi obligado para denunciar los casos en que las mujeres son *arrojadas* al arroyo, la orilla, el fango; es decir, a la prostitución. Cuestiones de pertinencia y de espacio me obligan a dejar para otro momento el análisis de una *semántica sexual* muy estable en diversas publicaciones libertarias.

Según los fragmentados reservorios de la memoria anarquista local, una empresa semejante a **LVM** se repite recién veinticinco años después. En el medio campean los firmantes masculinos, los seudónimos ambiguos y alguna sección reservada a la mujer. De hecho, en 1920 el periódico **Ideas** de La Plata mantenía un espacio para la “Colaboración Femenina” donde escribían Juana Rouco, Esther Flores, Irma C. Penovi, entre otras. Esa página se va desvaneciendo cuando dos

años después, Juana Rouco se muda a Necochea y, con la insólita presencia de un grupo activo de más de diez mujeres, impulsa **Nuestra Tribuna** —“un periódico escrito y dirigido exclusivamente por mujeres”— explicando que “al empuñar la pluma nos vino otro deseo: sacar a rodar a la luz del día una hojita femenina”. Sirva esta reseña para celebrar aquel impulso y la actual edición facsimilar de la Universidad del Sur presentada por Elsa Calzetta, quien rastreó y logró difundir la copia que guardaba el Instituto de Historia Social en Amsterdam.

El “quincenario femenino de ideas, arte, crítica y literatura” parte con un encabezado que, a juzgar por la primera editorial, es una declaración precavida y múltiple: “No hay emancipación de la mujer. La emancipación que nosotras mujeres libres, propiciamos es social, netamente social”. Para esa época esto significa: no somos feministas; no venimos a presentar un nuevo frente para la fragmentación anarquista; no hay quiebre con el objetivo común de la lucha libertaria. Pero, a pesar de los reparos, recibió las mismas críticas que **LVM**. Nuevamente el problema parece ser las plumas y quiénes las empuñan o cómo lo hacen. Otra vez el tenor del escándalo se resume en frases del tipo “¡Apareció aquello!”. Dicen las redactoras que la “crítica sana” (encomillan ellas) proviene de quienes se sintieron incómodos con el anuncio de algo “escrito y dirigido por plumas femeninas”. ¿Era necesario? Si están invitadas a escribir en casi todo periódico que se precie de anarquista; si hasta cuentan con páginas femeninas y secciones exclusivas; si son el tema de una de cada cuatro notas; si hace décadas que reivindicamos para ustedes una razonable igualdad. Es cierto. Y sin embargo, ellas se *arrojan*; otra vez.

Nuestra Tribuna depende de un grupo editor compuesto por Juana Rouco, Terencia Fernández, Fidela Cuñado y María Fernández. Rouco es la dueña de la iniciativa y la directora general, pero el impulso del periódico proviene de la larga lista de colaboradoras; unas pocas constantes: Mercedes Vázquez de Balcarce, Ceferina Sánchez de Pergamino, Teresa Maccheroni de Buenos Aires. Por eso, cuando las colaboraciones no llegan, reclaman: “Para llevar a feliz término la obra que nos he-

mos propuesto realizar, es menester tener mucha constancia. ¡A escribir pues!”

Hoy, recuperar y difundir ese arrojo —y el de todas las mujeres que se empeñaron en escribir y aparecer— resulta valioso pero no suficiente. Si ha llegado hasta nosotros la voz empeñada es para continuar con ella el escándalo de su aparición. Devolverlas al diálogo que las produjo; leerlas a contrapunto de otras voces. Escuchar el trastorno que produce la palabra inesperada. Para este caso en particular, es precisamente en el cruce de discursos entre varones y mujeres anarquistas donde las declaraciones monotemáticas del amor libre y la emancipación se revitalizan. Justo ahí, cuando ser sexualmente libertario se revela más difícil que teorizarlo. Cuando la opresión es más íntima de lo esperado. Cuando ser madre y estar en la brecha se hace imposible sola. Esa voz que surge para traer tanto barullo es “social, netamente social”, pero tan molesta. Aunque con humildad se llame a sí misma hojita del sentir anárquico femenino; periodiquito de las compañeritas, hermanitas, madrecitas. Aunque surja desde un balneario minúsculo durante un par de años, se mude a Tandil perseguida y termine por desaparecer exhausta en Buenos Aires.

En un artículo de hace ya diez años, Dora Barrancos resaltó dos ejes de análisis relacionados con algunos de los destinatarios de **NT**: los conflictos con los compañeros anarquistas y la hostilidad con las feministas. La edición completa de los treinta y nueve números nos permite ahora recorrerlos y confirmar su pertinencia; por ejemplo con la nota de Rouco en ocasión de la muerte de María Álvarez, una reconocida compañera uruguaya. La necrológica deviene fuerte denuncia sobre los varones anarquistas en forma de cuatro verdades: una, “son admiradores y biógrafos de la mujer anarquista... y nada más”; dos, “creen que la mujer anarquista tiene algo de ‘macho’ y es de ‘talla’ inferior”; tres, “no quieren vivir en común con la mujer que, al descubrir el bello tesoro de la libertad afirma paladinamente su para ella inviolable personalidad”; y cuatro, “ellos buscan la ‘arcilla’ que se ‘modela’ a ‘piacere’”. No quería decir tanto ni tan fuertemente, se disculpa la autora, pero la entendemos: es de las últimas no-



tas que escribe para el último de número de la hojita agotada. Los paqueteros que reciben y distribuyen **NT** no pagan, se queja, y publica desafiante el nombre y apellido de los morosos. La indiferencia de los compañeros es criminal, denuncia, y con el resto de aliento propone la edición del folleto “Por la elevación de la mujer” producto de “la pluma reflexiva y viril de José Scalise.” Variaciones de este debate no son raras en cada expresión política en que la presencia de las mujeres se activa; lo que hace del anarquismo un hito peculiar es que sus varones son los promotores de una participación que en la práctica vuelve inestable su propia identidad. El exigente decálogo ético de un anarquista que —como describe Christian Ferrer— suponía no votar, no dar propina, rechazar los feriados patrióticos, preferir las bebidas sin alcohol, enviar a los hijos a escuelas racionalistas, ser un buen trabajador, evitar las apuestas, terminar en el osario común, etc., ahora también debía incluir: escuchar realmente la voz de la mujer y ser en su hogar tan fanáticamente libertario como en la casa del pueblo.

Respecto a las feministas, la lectura demuestra que el enfrentamiento es persistente. El temor a ser interpretadas como separatistas al interior del arco libertario —“No se nos confunda por ‘feministas’”—, la condición burguesa de las principales referentes del feminismo —“Protestamos, señoras feministas”— y su tenaz exigencia de derechos civiles y políticos —“son mujeres calmas, atemperadas y, sobre todo, políticas muy políticas.”—, impidieron que compartieran posiciones respecto a la subordinación en el espacio público y las opresiones de la vida privada. Sin embargo, aunque por caminos distintos, anarquistas y feministas acordaron en desconocer esa falsa distinción de espacios poniendo en discusión temas que la agenda política tendía a soslayar, o a resolver en los gabinetes médicos y criminológicos de la cuestión social.

En ese sentido, propongo aquí un recorrido diferente; se trata de revisar brevemente los modos de argumentación que convocaban la maternidad y el deseo sexual de las mujeres. Tanto en **LVM** como en **NT** las redactoras se presentan como madres. Sufridas las primeras, fecundas las segundas. Es la fuerza poderosa de la vida lo que

habilita su producción de hijos y de periódicos: “Y nuestro segundo deseo de novia y madre se cumplió: nuestra hojita fue un hecho.” Para este período y en Argentina, mujer/madre es una definición unánime. Anarquistas, socialistas, feministas, católicas, sufragistas, librepensadoras y señoras de la beneficencia defendían su capacidad para concebir los hijos de un mundo mejor. Las anarquistas, especialmente embarcadas en una revolución social generalizada, entendían su papel de madres como esencial en la formación de los futuros hombres y mujeres del nuevo orden. Era su responsabilidad, entonces, hacer del hogar anarquista un espacio de libertad y de aprendizaje; tanto a fines del siglo XIX (“Madres, educad bien a vuestros hijos!”) como a mediados de los años veinte (“La misión de la madre”).

Así, la maternidad es utilizada en **NT** como una metáfora omnipresente para explicar la capacidad de procrear y toda acción que emprendieran. El periódico “es un retoño”, “el fruto”, “nuestro vástago”. La misma Rouco cierra su autobiografía escrita en 1963 afirmando que es un “nuevo hijo” que le ha arrancado a la memoria. Sin embargo, algo las diferenció del resto de las mujeres/madres argentinas: la procreación conciente. El anarquismo sostuvo una de las primeras posiciones locales a favor del control de la natalidad. Consideraban irracional someterse a una vida de embarazos sucesivos y generar más hijos de los que podrían cuidar en medio de su pobreza. Por eso, las responsables de **NT** promocionaban los últimos adelantos científicos “que no menoscaban en nada la naturaleza del acto fisiológico” y entre los folletos en venta ofrecían: **Huelga de vientres** de L. Bulffi y **Generación conciente** de F. Sutor. En el mismo sentido, la editorial del número 17 es un alegato en contra de “las mujeres que creen cumplir el deber de la maternidad haciendo de incansables máquinas de parir hijos” y a favor “del santo apostolado de la maternidad ejercida concientemente”.

Tanto entusiasmo por “la sagrada palabra que tendría que servir de apoteosis a todas las mujeres” haría prever que Rouco compartiera su alegría de ser madre primeriza a los 34 años. Encuentro en la autobiografía su relato emocionado y el comentario sobre la suspensión del pe-

riódico por su embarazo y el de Terencia Fernández. Sin embargo, en el número 18 de **NT**, públicamente explican que Juana Rouco y otra compañera del grupo editor “se encuentran enfermas” y que “dejará de aparecer momentáneamente más que por la enfermedad eventual de las dos camaradas mencionadas, por la poca consecuencia que hacia esta modesta hojita han tenido muchos de nuestros paqueteros.” Con el mismo pudor es tratado el aborto pero recibe una decidida y unánime condena. Abortan las burguesas adúlteras, las monjas hipócritas y, a lo sumo, la joven obrera seducida obligada por el deshonra. Curiosamente, se manifiesta cierta comprensión con las infanticidas que, a la manera de las prostitutas, son mujeres empujadas a ese crimen atroz.

Cubierto por la fórmula mujer/madre el deseo sexual de las mujeres es tan esquivo —en estas y otras páginas del ideario anarquista— que es necesario rastrearlo entre sus líneas con entrenada paciencia. Paradoja de una expresión que se ha caracterizado por enunciar la problemática sexual y por insistir en que la liberación hay que llevarla hasta los afectos. Sin embargo, esa enunciación deviene una serie estable de discursos que explican la sexualidad desde la deshonra, el pudor y la violencia. Así, en el estado más pasivo, la mujer es: *mercancía* que se compra en el mercado; *objeto* que se intercambia; *cosa* que se posee; *carne* que se consume. Como resultado acaban: *macilentas, agotadas, tísicas, consumidas, minadas, pálidas*. Y esto les ocurre a causa de su condición de: *ignorantes, esclavas, aletargadas, hembras, católicas*. En un segundo nivel de mayor actividad, pero también de cierta responsabilidad, las mujeres han sido llevadas y/o se han dejado conducir a: la *coquetería*, los *bailes*, la moda de las *melenitas*, la práctica del *chisme*, la cárcel del *qué dirán*. Problemas que tienen las mismas soluciones: *ateneos, bibliotecas, cuadros filodramáticos, concientización social, periódicos y folletos para la elevación mental*. Los énfasis son míos pero las palabras son de ellas.

Por su parte, el deseo sexual masculino, está atado a otra metáfora también esclavizante: la *bestia* incontenible. En medio de estas figuras, el ejercicio de la sexualidad o, dicho por las redactoras de **NT**: “El instante

de dicha amorosa que tiene por misión la perpetuación de la especie humana, resulta un pecado capital y de lesa humanidad para vosotras, mujeres del pueblo!”

Recién en los últimos números comienzan a asomar reclamos que ya habíamos visto surgir con la misma timidez en **LVM**. Las redactoras han incluido textos de Paola J. Cleolleo y Magdalena Vernet que versan sobre el amor supuestamente libre y tienden a radicalizarlo en diferentes sentidos. Por un lado, ponen en duda la igualdad: “Hasta hoy el hombre ha considerado el deseo sensual como cosa para la cual él debe regirse esencialmente, rehusando reconocer en la mujer un ser moral y físicamente organizado como lo sea él mismo (sic).” También, cuestionan las posibilidades de un ejercicio efectivamente libre: “Para la mujer está generalmente admitido que la vida sexual es nula o subordinada a la de su compañero (legal o ilegal) que le ha tocado”. Y por último, perciben el cuerpo como un territorio a liberar: “con el mismo gusto con que efectuaron la unión sexual, separarse como amigos libres cada quien de su cuerpo.” Abrir estas citas y ponerlas en diálogo con otras referencias sobre el tema, permitiría explorar aspectos del anarquismo significativamente vitales.¹

Por supuesto, **NT** ofrece otros recorridos interesantes: el quiebre luego de los hechos de **Pampa Libre**; las polémicas encarnizadas entre compañeros; la relación con los libertarios españoles, la extensión territorial de los periódicos, etc. No obstante, los aspectos hasta aquí esbozados pretenden destacar la vigencia del pensamiento libertario, ya que advertir la furtividad con que el deseo de las mujeres aparece en una de las expresiones emancipatorias más radicales, provoca inquietantes preguntas sobre esa aparición en general. Y no sólo en los discursos pasados; véase cómo que en los debates actuales sobre salud reproductiva, despenalización del aborto y condenas a las violaciones, *japareció aquello!* es un grito que todavía se escucha y apenas con menos escándalo.

¹ Analizar las intervenciones de varones y mujeres en relación a una posible semántica sexual anarquista forma parte de la investigación para mi tesis de doctorado. (CONICET-Ciencias Sociales, UBA)

Laura Fernández Cordero
UBA/CONICET

Para leer con Nuestra Tribuna:

Bacci, Claudia; Fernández Cordero, Laura, “Feroces de lengua y pluma. Sobre algunas escrituras de mujeres anarquistas.”, en este mismo número.

Barrancos, Dora, **Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo**, Buenos Aires., Contrapunto, 1990.

“Mujeres de Nuestra Tribuna: el difícil oficio de la diferencia”, en **Mora, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género** (IEGE), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 2, noviembre 1996.

Ferrer, Christian, **Cabezas de tormenta. Ensayos sobre lo ingobernable**, Buenos Aires, Anarres, 2004.

Nari, Marcela, **Las Políticas de la Maternidad y Maternalismo Político. Buenos Aires, 1890-1940**, Buenos Aires, Biblos, 2005.

Rouco Buela, Juana, **Historia de un ideal vivido por una mujer**, Buenos Aires, edición de autora, 1964.

Fuentes disponibles en CeDInCI:

Nuestra Tribuna. Colección completa.

Ideas, La Plata.

La Protesta, Buenos Aires.

La Voz de la Mujer, Buenos Aires.

La Question Sociale, Buenos Aires.

*A propósito de Gabriel D. Lerman, **La Plaza política. Irrupciones, vacíos y regresos en Plaza de Mayo**, Colihue, Colección Puñaladas, 2005, 137 pp.*

Hablar de la Plaza de Mayo en términos políticos implica necesariamente referirse a una multitud de acontecimientos que abarcan casi 200 años de historia, desde los palotes iniciales en la formación de la nación a la más reciente de las protestas sociales motorizadas por la masacre de República de Cromagnon. Suerte de desmentida flagrante de las proclamas federalistas invocadas por la Constitución

del Estado argentino, la Plaza de Mayo es la zona de más alta condensación política del país y los sucesos que en ella se resuelven determinan el porvenir de toda la nación. Como deja en claro el libro de Gabriel D. Lerman, la Plaza constituye el espacio público político por excelencia de la sociedad argentina. Lejano tanto de la, muy en boga, evocación nostálgica de una época de oro de la movilización popular como de la asepsia de los *papers* académicos, el trabajo de Lerman se nutre de una tradición ensayística que en este caso se conjuga con una investigación histórica rigurosa, una combinación que no siempre está presente en los cultores del género.

En la permanencia de la Plaza en la consideración pública como escenario privilegiado de la manifestación de la voluntad popular, no están ausentes las mutaciones hijas de los cimbronazos históricos. Parte inescindible del núcleo duro del imaginario político instituido de la nación, su imantada centralidad es fácilmente constatable en el hecho de que la consigna “todos a la Plaza” exima de ulteriores especificaciones acerca del sitio de la convocatoria. A veces, tal como sucedió en el 2001, hasta esa consigna resulta redundante. Con una sincronía a la cual fue ajena todo planeamiento anticipatorio, sin titubear un segundo, la protesta dirigió sus pasos hacia la Plaza como un río que desemboca naturalmente en aguas abiertas. **La Plaza política** es un detallado inventario de las batallas —tanto las simbólicas como las otras— de apropiación y resignificación del lugar que acompañan cada intento de refundación nacional. El abanico de intenciones abarca desde los ampulosos proyectos del peronismo por dotar al pueblo de una escenografía acorde a su estatura, a los intentos de la última dictadura por imprimirle una dosis de urbanismo represivo, culminando en los usos confrontativos de los sectores subalternos de los últimos tiempos. En su meticulosa cronología histórica, Lerman no deja mojón histórico por relevar. Aún los más vergonzosos sucesos, como la plaza del 2 de abril, tienen su lugar en libro. Queda por saber si ese pueblo que se manifestó patrióticamente el día de la toma de las Malvinas era el mismo que un par de días atrás se había concentrado